

*Enrique Javier Díez Gutiérrez*

# Pedagogía del decrecimiento

Educar para superar el capitalismo  
y aprender a vivir de forma justa  
con lo necesario

Prólogo de Yayo Herrero

Epílogo de Carlos Taibo



Octaedro  Educación



## Enrique Javier Díez Gutiérrez

Profesor de la Universidad de León (España). Doctor en Ciencias de la Educación. Director del Grupo de Investigación Educativa y Justicia Social. Director de la investigación europea *Construcción de una Europa inclusiva y democrática frente al auge del fascismo y la xenofobia*. Ha publicado *La revuelta educativa neocon* (2019), *La asignatura pendiente* (2020), *La historia silenciada* (2022), *La memoria histórica democrática de las mujeres* (2023), y, en Octaedro Editorial, *Neoliberalismo educativo* (2018), *La educación en venta* (2020), *Educación para el bien común* (2020), *Educación crítica e inclusiva para una sociedad poscapitalista* (2021) y *Pedagogía antifascista* (2022). Impulsor e integrante del colectivo de profesorado universitario «Uni-Digna», por una Universidad al servicio del bien común y comprometida socialmente. Miembro del «Foro de Sevilla, por otra política educativa». Vicepresidente del «Foro por la Memoria de León», que trabaja en la recuperación de la memoria histórica, y secretario de la «Asociación Prometeo, Hombres por la Igualdad de León».

# **Pedagogía del decrecimiento**

Educar para superar el capitalismo y aprender a vivir de forma justa con lo necesario



Enrique Javier Díez Gutiérrez

# Pedagogía del decrecimiento

Educación para superar el capitalismo  
y aprender a vivir de forma justa  
con lo necesario

Prólogo de Yayo Herrero

Epílogo de Carlos Taibo

Octaedro 

COLECCIÓN: Octaedro Educación

TÍTULO: *Pedagogía del decrecimiento. Educar para superar el capitalismo  
y aprender a vivir de forma justa con lo necesario*

ASESOR EDITORIAL: Jaume Carbonell Sebarroja

Primera edición: febrero de 2024

© del texto, Enrique Javier Díez Gutiérrez

© del prólogo, Yayo Herrero

© del epílogo, Carlos Taibo

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, SL  
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)  
[octaedro@octaedro.com](mailto:octaedro@octaedro.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19900-92-0

Depósito legal: B 4609-2024

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Corrección: Xavier Torras

Realización y producción: Octaedro Editorial

Impresión: Masquelibros

Impreso en papel ecológico

Impreso en España - *Printed in Spain*

# Índice

<b>Prólogo. Decrecer por las buenas o por las malas</b>	9
YAYO HERRERO	
<b>El decrecimiento</b>	13
El caso paradigmático del ferrocarril	16
Cuestionar el pensamiento único	21
La urgencia ante la Edad del Colapso	24
Extractivismo y saqueo neocolonial	29
Quietismo climático	32
El capitalismo es el problema	37
Evitar el ecofascismo	41
La alternativa es el decrecimiento	44
Qué es el decrecimiento	45
No malinterpretar el decrecimiento	48
De la ecoeficiencia a la suficiencia	50
Un modelo de sociedad decreciente	53
<b>Desaprender y deconstruir el imaginario neoliberal del capitalismo</b>	59
Desaprender una socialización educativa para el mercado	64
Desaprender una educación orientada a producir	67
Desaprender una educación para la competitividad	71
Desaprender entender la educación como producto de consumo	73
Desaprender educar en y para el consumo	77

Desaprender las reglas del capitalismo	80
Descolonizar el imaginario dominante	85
<b>Educación en y para el decrecimiento</b>	91
Educación para el decrecimiento	97
Educar al profesorado para el decrecimiento	100
Un currículo transversalizado por el decrecimiento	103
Educar para el decrecimiento ecofeminista	108
Educar en y para una democracia ecosocial	113
Educar para cooperar, no para competir	118
Educación lenta frente a la aceleración	122
Educar para la desobediencia civil crítica	126
Educar para una cultura de paz y solidaridad internacional	132
Educar para el compromiso con el bien común	138
Educación en el decrecimiento	143
Sobriedad frente a los deseos	144
Justicia social y redistribución: riqueza 0	148
Trabajar menos para vivir mejor	155
Soberanía tecnológica y digital	161
Alfabetización ecosocial crítica	166
Alfabetización ecosocial relocalizada	167
Alfabetización ecosocial en acción en los centros	170
<b>Un horizonte de transformación y emancipación</b>	179
<b>Epílogo</b>	183
CARLOS TAIBO	
<b>Bibliografía</b>	187



Prólogo

# **Decrecer por las buenas o por las malas**

Enseñar y aprender en contextos de contracción  
de la esfera material de la economía

**YAYO HERRERO**

Los seres humanos somos una especie de las muchas que habitan este planeta y, como todas ellas, obtenemos de la naturaleza lo que necesitamos para estar vivos: alimento, agua, cobijo, energía, minerales... Por ello, decimos que somos seres radicalmente ecodependientes.

Además, desde el nacimiento hasta la muerte, las personas somos seres necesitados. Estamos encarnados en cuerpos vulnerables que necesitan comer, beber, tener refugio, usar energía... Cuerpos que enferman y envejecen, que son contingentes y finitos, que necesitan cuidados durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital. Si un ser humano no tiene necesidades es porque está muerto. Cuando las necesidades humanas no están satisfechas, la vida humana no es posible o es precaria.

Las sociedades occidentales se constituyeron en contradicción con estas bases materiales que sostienen la vida. Por una parte, nuestra cultura avanzó considerando que el progreso era la legítima persecución de una imposible emancipación de la Tierra y de la finitud de los cuerpos. Progresar era burlar la condición encarnada y terrestre de la vida humana.

La triada que conforman el capitalismo, la disponibilidad de energía fósil y la tecnociencia hicieron creer que era posible revertir la humillante expulsión del Edén y vivir en la Tierra como si nunca se hubiese caído en ella. Vivir como si se flotase por encima y por fuera de ella.

La economía capitalista y la fantasía de la individualidad permitieron que en los lugares de privilegio, temporalmente, se arrinconasen los límites y constricciones que se derivan de la existencia de límites biofísicos y de tener cuerpos vulnerables que solo sobreviven si unas personas se ocupan de otras.

El resultado de esta forma de mirar el mundo se plasmó en una profunda colisión entre la trama de la vida y la dinámica capitalista, apuntalada sobre el extractivismo, la explotación veloz y un patriarcado que invisibiliza aunque parasita las relaciones y tareas que sostienen cotidiana y generacionalmente la existencia humana.

El resultado de este choque se hace evidente en el acelerado caos climático, en el declive de la energía fósil y de muchos otros minerales que sostienen el metabolismo económico, en una huella ecológica global creciente y desigual, en la dificultad de disponibilidad de agua dulce o en la alteración de los ciclos naturales, especialmente el del carbono y el nitrógeno.

Las consecuencias sobre la vida son obvias. Asistimos a una pérdida de biodiversidad acelerada. Animales, plantas e insectos sucumben y, en lo estrictamente humano, la profundización de las desigualdades sociales, el incremento de las violencias de todo tipo, la explotación y la expulsión, la quiebra de la razón humanitaria o al auge de los fascismos son síntomas de un modelo que se desmorona.

Pensar que se pueda salir de este atolladero a partir de meras reformas puntuales es desconocimiento, ingenui-

dad o nihilismo. Mientras no salgamos del fundamentalismo económico que defiende que cualquier cosa ha de ser sacrificada para que los beneficios crezcan, economía y vida decente y perdurable para todas seguirán siendo incompatibles.

Tal y como defiende Enrique Díez en este libro que tengo el orgullo de prologar, reducir el tamaño de la esfera material de la economía es la condición previa para asegurar la supervivencia. Es, además, simplemente un dato. El declive del petróleo barato y de los minerales, el cambio climático y los desórdenes en los ciclos naturales van a obligar a ello. La humanidad, globalmente, va a tener que adaptarse, quiera o no, a vivir extrayendo menos de la Tierra y generando menos residuos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste, decidido y anticipado, con criterios de equidad.

Hasta qué punto las sociedades están dispuestas a asumir los riesgos que supone forzar los cambios en la autoorganización de la naturaleza tiene mucho que ver con el analfabetismo ecológico de las mayorías sociales que han interiorizado en sus esquemas mentales unas inviables nociones de progreso, de bienestar o de riqueza que resultan enormemente funcionales para el sostén de los privilegios.

Una educación enfocada a la resolución de los problemas sociales, económicos y ecológicos, una educación que se vuelque en la consecución del bienestar para todos y todas, no puede obviar la situación de previsible colapso civilizatorio en la que podemos incurrir si no somos capaces de impulsar, con urgencia, importantes cambios económicos, culturales y sociales. Es preciso educar para la adquisición y conciencia de una identidad «terrácola»; para conocer la historia y evolución del territorio y los eco-

sistemas; comprender la organización cíclica que permite la regeneración y el mantenimiento de la vida; aprender a vivir con una reducción significativa de la energía utilizada; visibilizar, valorar y repartir el cuidado y reproducción de la vida humana... Es imprescindible entender, desarrollar y enseñar las implicaciones centrales de la insostenibilidad, obviamente también desde la educación.

El reto es garantizar las condiciones de vida digna para todos los seres humanos en un contexto de contracción material, sabiendo, además, que compartimos el planeta con el resto del mundo vivo y que habrá generaciones futuras que también deben caber en la Tierra. Esto obliga a cambiar la mirada sobre la realidad material, promover una cultura de la suficiencia (como derecho y obligación) y de la redistribución y el reparto.

Aceptando que la forma de abordar estos problemas con la infancia y las personas más jóvenes no puede ser igual que con las personas adultas, entendemos que no se les puede mantener en la ignorancia. Se trata de su mundo, del presente y del futuro. No podemos negarles este conocimiento y la capacidad de elegir cómo actuar ante él, siempre dejando claro que existen salidas posibles.

Los movimientos sociales, las pedagogías emancipadoras, la educación ambiental o el movimiento altermundista puede servir de inspiración en esta tarea de educativa. De forma más reciente, la educación ecosocial constituye una vía por la que avanzar.

En este contexto, el libro de Enrique Díez ayuda a balizar el camino. Su apuesta por mirar cara a cara el decrecimiento se combina con su propuesta radical de pedagogía antifascista y constituye, sin duda, una herramienta reflexiva y práctica para situar la educación como una apuesta por la supervivencia digna.

## El decrecimiento

Es habitual oírle al profesor y experto en decrecimiento Carlos Taibo contar la parábola del pescador mexicano, readaptando el cuento de Tony de Mello en *El Canto del Pájaro*:

En un pueblo de la costa mexicana, un paisano se encuentra medio adormilado junto al mar. Un turista norteamericano se le acerca, entablan conversación y en un momento determinado el forastero pregunta: «Y usted, ¿en qué trabaja? ¿A qué se dedica?». «Soy pescador», responde el mexicano. «Caramba, un trabajo muy duro», replica el turista, quien agrega: «Supongo que trabajará usted muchas horas cada día, ¿verdad?». «Bastantes, sí», responde su interlocutor. «¿Cuántas horas trabaja como media cada jornada?». «Bueno, yo le dedico a la pesca un par de horitas o tres cada día», replica el interpelado. «¿Dos horas? ¿Y qué hace usted con el resto de su tiempo?». «Bien. Me levanto tarde, pesco un par de horas, juego un rato con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y, al atardecer, salgo con los amigos a beber unas cervezas y a tocar la guitarra». «Pero ¿cómo es usted así?», reacciona airado el turista norteamericano. «¿Qué quiere decir? No entiendo su pregunta». «Que por qué no trabaja más. Si lo hiciese, en un par de años tendría un barco más grande». «¿Y para qué?». «Más adelante, podría instalar una factoría aquí en el pueblo». «¿Y para qué?». «Con el paso del tiempo

montaría una oficina en el distrito federal». «¿Y para qué?». «Años después abriría delegaciones en Estados Unidos y en Europa». «¿Y para qué?». «Las acciones de su empresa, en fin, cotizarían en bolsa y sería usted un hombre inmensamente rico». «¿Y todo eso, para qué?», inquiera el mexicano. «Bueno», responde el turista, «cuando tenga usted, qué sé yo, 65 o 70 años podrá retirarse tranquilamente y venir a vivir aquí a este pueblo, para levantarse tarde, pescar un par de horas, jugar un rato con sus nietos, dormir la siesta con su mujer y salir al atardecer con los amigos a beber unas cervezas y a tocar la guitarra».

Este cuento-parábola sintetiza la filosofía que inspira el decrecimiento como una forma de entender el sentido de la vida. No solo condensa una metáfora económica, sino una cosmovisión de la vida.

Como plantean tantos expertos y expertas en este campo, y a quienes sigo en el análisis del decrecimiento que planteo en este libro, como Nicholas Georgescu-Roegen (1979), Cornelius Castoriadis (2006), Sergio Latouche (2008), Jorge Riechmann (2004), Jean Paul Besset (2005), Ecologistas en Acción (2006), Carlos Taibo (2021), Yayo Herrero (2010, 2022), Fernando Cembranos y Marta Pascual (2019), José Manuel Naredo (2020), Federico Demaria (2021), Yayo Herrero (2022), Michael Löwy y otros (2022), Jason Hickel (2023) y muchos otros y otras: en el fondo, todo el mundo lo sabe.

Todos y todas somos conscientes, de una forma o de otra, de que la humanidad corre hacia el precipicio con nuestro actual sistema económico, sustentado en la ideología neoliberal: el capitalismo. Un sistema basado en el aumento imparable del crecimiento de la producción y

el consumo, vinculado inevitablemente al aumento de la desigualdad, la destrucción del planeta y el ecosistema y al expolio y saqueo de los recursos de las futuras generaciones.

Pero nos negamos a asumirlo, porque este capitalismo y la ideología neoliberal que lo alimenta han colonizado incluso nuestro imaginario mental y utópico.

Las soluciones a las crisis suelen centrarse en las mismas recetas de siempre, en el mantra de «más crecimiento, más mercado»: aumentar la producción, construir más infraestructuras, desarrollar tecnologías que no se adaptan a las dimensiones ecológicas de la Tierra, estimular el consumo y el crecimiento...

Toda la humanidad comulga en la misma creencia. Los ricos la celebran, los pobres aspiran a ella. Un solo dios, el Progreso; un solo dogma, la economía política; un solo edén, la opulencia; un solo rito, el consumo; una sola plegaria: Nuestro crecimiento que estás en los cielos...

En todos lados, la religión del exceso reverencia los mismos santos: desarrollo, tecnología, mercancía, velocidad, frenesí; persigue a los mismos herejes: los que están fuera de la lógica del rendimiento y del productivismo; dispensa una misma moral: tener, nunca suficiente, abusar, nunca demasiado, tirar, sin moderación, luego volver a empezar, otra vez y siempre. Un espectro puebla sus noches: la depresión del consumo. Una pesadilla le obsesiona: los sobresaltos del producto interior bruto. (Besset, 2005, pp. 134-135)

Los planes de recuperación de las crisis se asientan constantemente en grandes obras e infraestructuras, que deterioran todavía más la situación y aumentan el desastre ecológico a mayor velocidad.

## El caso paradigmático del ferrocarril

Un ejemplo paradigmático que muestra el trasfondo de este modelo son las líneas de ferrocarril de alta velocidad que se han impuesto en España como gran avance de la modernidad.

Inversiones multimillonarias públicas en infraestructuras, que son privatizadas a grandes compañías (aplicando la tradicional regla: socializar pérdidas y privatizar ganancias), para desplazarse más rápido entre grandes capitales. Por lo tanto, nos desplazamos más a menudo y exigimos más líneas que deterioran el entorno y recortan presupuestos para invertir en trenes de cercanías, desmantelando progresivamente la red de comunicación de trenes de proximidad en todo el territorio.

La infraestructura del tren normal, para tráfico mixto, cuesta siete veces menos que la infraestructura llamada *de alta velocidad* o AVE, para tráfico exclusivo de personas. En España se dispondría de una red básica siete veces mayor que la actual si las cantidades invertidas los últimos años en el tren se hubieran destinado al ferrocarril normal. Con dicha red básica, que vertebraría y conectaría todo el territorio nacional, hubiésemos mejorado la función esencial del transporte, que es ofrecer accesibilidad a los bienes, servicios y contactos con las demás personas, independientemente del lugar donde se viva o de la capacidad adquisitiva que se tenga.

El ferrocarril normal ofrece, entre otras, las ventajas de ocupar menos suelo, reducir las emisiones de gases con efecto invernadero, disminuir el consumo energético, incrementar la calidad del aire, reducir el nivel de ruido generado por el tráfico, disminuir la congestión y aumentar la calidad del medioambiente urbano, metropolitano y rural.



Este tipo de ferrocarril normal de doble vía electrificada y tráfico mixto da lugar también a un potente uso de la red básica por grandes trenes de mercancías, ya que llega a todos los puntos importantes del territorio y, principalmente, a los puertos y a lo que queda de las zonas industriales.

Sin embargo, el diseño de velocidades de hasta 350 km/h de la alta velocidad exige un trazado cuasi rectilíneo, con grandes radios de curvatura y pendientes mínimas, lo que obliga a grandes desmontes, terraplenes, viaductos y túneles, con sus correspondientes movimientos de tierra y la proliferación de canteras, graveras y escombreras. Esto provoca enormes impactos sobre el territorio, que queda destruido y segmentado, con graves consecuencias para el medio natural y el paso de los animales en sus ecosistemas, en especial para los espacios y las especies protegidas más sensibles.

Además, los trenes de alta velocidad provocan altos niveles de ruido y un desproporcionado consumo energético, hasta seis veces mayor que el del ferrocarril normal, para incrementar la velocidad frente a la resistencia del aire. Lo que resulta cuestionable, por su incidencia negativa en el cambio climático y en el aumento de la contaminación atmosférica.

El tren de alta velocidad español es un medio de transporte diseñado para unir grandes ciudades, con escasas paradas intermedias. De esta forma acaba marginando, comunicando y excluyendo a las zonas rurales y ciudades medias potenciando su abandono y favoreciendo los procesos de vaciamiento de la España rural y de concentración urbana, dejando sin tren a muchas poblaciones que antes disponían de ese servicio.

Esto, junto con su alto precio, convierte el AVE en un transporte caro y elitista que se plantea para una minoría

y no como un servicio público para toda la ciudadanía. De- traer inversiones del ferrocarril normal impide su mejora y lo condena al deterioro y a la extinción, abandonando, así, la concepción de transporte público al servicio de la mayoría social. Lo cual obliga a una parte importante de la pobla- ción a recurrir al coche privado como medio de transporte entre poblaciones, aumentando aún más el gasto energético y la contaminación automovilística.

La construcción de nuevas líneas de alta velocidad plan- tea interrogantes en términos de utilidad social, ambiental o económica cuando hay necesidades mucho más urgen- tes en el ámbito sanitario, educativo, agroalimentario y de la protección social. Baste decir que cada kilómetro de AVE tiene un coste medio en torno a 15 millones de euros, o que un hospital medio y moderno cuesta lo mismo que 30 km de túnel.

Los únicos beneficiarios son las grandes constructoras que llevan a cabo las infraestructuras con sus correspon- dientes sobrecostes, la banca que les proporciona la finan- ciación y los operadores privados que obtienen un jugoso beneficio con la privatización del sector.

De ahí la política de desmembración de la empresa pública que prestaba el servicio, Renfe, la privatización de sus servicios y la apertura de las líneas de ferrocarril a operadores privados que lo convierten en un negocio para obtener beneficios. Estos operadores privados se quedan con el beneficio de las líneas rentables, mientras noso- tros nos quedamos con la deuda de la construcción de la infraestructura (más de 25.000 millones de euros, como denuncia el Tribunal de Cuentas español). Porque ningun- a de las líneas de AVE tiene la más mínima rentabilidad, ni económica ni social. Es decir, que en ninguna línea se recuperará la inversión pública realizada.

Su «ahorro de tiempo» no justifica el enorme coste de construcción y explotación. Además, la alta velocidad no cumple el requisito básico de un transporte sostenible: el traspaso masivo de mercancías y pasajeros de la carretera al ferrocarril. El coste por minuto de tiempo de trayecto ahorrado asciende a más de 100 millones de euros. Esto supone una inversión pública ruinosa que conlleva desinvertir en el tren convencional y de cercanías que, aunque es el que más necesita la mayor parte de la población, se está deteriorando o desapareciendo. En veinticinco años se han perdido 3000 km de tren convencional. Cuando solo un 10 % de los usuarios del tren viajan en AVE, pero el 70 % del presupuesto va al AVE.

Lo cual está provocando la desaparición del ferrocarril como servicio público y barato y la conversión de las líneas de alta velocidad, construidas y mantenidas con fondos públicos, destinadas a sectores de la población de alto nivel adquisitivo, dejando la carretera como única opción para la mayoría.

Los informes del Tribunal de Cuentas europeo sobre el AVE sentencian de forma inapelable que es un modelo muy caro, ineficaz y para pocos pasajeros. Que se ha optado por este modelo por decisiones políticas, pero no por servicio o utilidad, en lugar de plantear una política de movilidad inclusiva que sea mecanismo de cohesión social y territorial.

En definitiva, la ciudadanía subvencionamos, vía impuestos, los viajes de una minoría, para que las grandes empresas puedan obtener beneficios financiando su mantenimiento, mientras el tren convencional utilizado por la mayoría es condenado al mayor de los abandonos. Este universo de la alta velocidad ferroviaria resume y sintetiza bien muchas de las aberraciones de nuestras sociedades

del crecimiento capitalista: la cultura de la prisa, el individualismo más egoísta, sin ninguna consideración ni respeto por el medio...

Un análisis similar se podría aplicar igualmente al transporte en avión (que emite aproximadamente el 2% de las emisiones mundiales de carbono y es la segunda mayor fuente de emisiones de gases de efecto invernadero del transporte, solo por detrás del coche), a los transportes por carretera (los coches son el principal contaminante, con un 60,6% del total de las emisiones del transporte en carretera de Europa; todos los coches del mundo generan diez veces más cantidad de gases contaminantes que el total de volcanes activos de la Tierra) y a los marítimos, tanto comerciales como turísticos (no olvidemos que el transporte marítimo contamina miles de veces más que el terrestre: 15 de los barcos más grandes del mundo emiten tanta contaminación atmosférica como 760 millones de automóviles al utilizar para su propulsión combustibles fósiles muy sucios –Bravo y Buschell, 2019–).

Lo sorprendente, en este caso, como en tantos otros ejemplos que podríamos desarrollar sobre el paradigma y la narrativa del crecimiento capitalista es que, a pesar de todos los datos e informes, de todas las investigaciones y recomendaciones, se mantiene inquebrantable la inercia del modelo. El «progreso» de un país se sigue midiendo en términos del número de automóviles vendidos o de la apertura de un nuevo, e insostenible, tramo de alta velocidad ferroviaria. Es más, parece impensable, inimaginable, inconcebible un modelo que no sea ese, una alternativa que no se enmarque en los mismos parámetros del capitalismo del crecimiento, la desigualdad y el consumo insostenible.

## Cuestionar el pensamiento único

Parece como si estuviéramos abducidos por un pensamiento único que ya no necesita explicación, ni argumentación. Esta ideología prácticamente ha dejado de necesitar justificación. Se ha convertido en el sentido común de un naciente consenso mundial. La doctrina neoliberal ha adquirido una especie de aura sagrada, acabando por reinar en la realidad y en las conciencias de la mayoría de las gentes.

Este «evangelio» se invoca para justificar cualquier cosa, desde ampliar el AVE hasta bajar los impuestos de las grandes fortunas, dejar de lado las normas ambientales para obtener más rendimientos, privatizar la sanidad y la educación pública, o impedir regular un mínimo los inmensos beneficios de las multinacionales. Y lo más trágico, normaliza y blanquea la barbarie. Se ha convertido en una especie de dogmatismo fanático moderno que hace «impensable» siquiera plantear otras posibilidades más allá de los límites y el marco de debate que establece ese pensamiento único.

Este pensamiento único está marcado por el imperativo del aumento del crecimiento, de la productividad y la competitividad, del poder de compra y, en consecuencia, del consumo.

El sistema capitalista, para mantenerse, está condenado al crecimiento compulsivo, al sobreconsumo, a la depredación y el despilfarro, que conducen a un agotamiento de los recursos y al deterioro de los ecosistemas. Obviando que la destrucción de ecosistemas genera pobreza ecosistémica, vulnerabilidad de la vida y, en consecuencia, la vulnerabilidad de cada una de las especies que lo habitan y de la posibilidad de continuidad de la especie y del planeta.

Sabemos que la globalización neoliberal constituye el triunfo absoluto de esta teología del crecimiento económico sin límite y que únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con su consumismo y su productivismo, puede evitar la catástrofe, plantean todos los expertos y expertas en decrecimiento. Mientras perviva el modo de producción capitalista existirá un conflicto manifiesto entre la destrucción de la naturaleza para obtener beneficios y la conservación de la misma para poder sobrevivir como especie.

Si no asumimos un decrecimiento redistributivo y justo, planificado democráticamente, se nos va a imponer por la fuerza un decrecimiento violento y salvaje. El agotamiento del petróleo, del gas y los minerales, el cambio climático y los desórdenes de los ciclos naturales están abocándonos a ello. Decrecimiento económico y material por las buenas o por las malas. Podemos optar por dos vías: de forma voluntaria y progresiva, con criterios de equidad y justicia social, o por la fuerza, de forma brutal y posiblemente ecofascista (apropiándose quienes tengan el poder de los recursos decrecientes), como analizaré de forma más extensa posteriormente.

Por lo tanto, la única opción sensata es, o debería ser, la reducción radical de la extracción sin medida de energía y materiales, y la fuerte restricción en la generación de residuos hasta ajustarse a los límites de la biosfera, a un planeta con límites como el que tenemos. El único camino posible es abandonar la lógica de este pensamiento único que se ha asentado como un parásito en el neocórtex del modelo de vida occidental: la ideología neoliberal del capitalismo.

Podemos aseverar con confianza que el presente sistema no sobrevivirá. Lo que no podemos predecir es cuál será el nuevo orden elegido para reemplazarlo, porque este será el resultado de una infinidad de presiones individuales. Pero tarde o temprano, un nuevo sistema se instalará. No será un sistema capitalista, pero puede ser algo mucho peor (aún más polarizado y jerárquico) o algo mucho mejor (relativamente democrático y relativamente igualitario) que dicho sistema. Decidir un nuevo sistema es la lucha política mundial más importante de nuestros tiempos. (Wallerstein, 2008, p. 2)

Sabemos, pues, cuál es la solución. Lo sabemos, pero procuramos mirar hacia otra parte, porque eso nos obligaría a cuestionar las bases del sistema capitalista, así como nuestra propia forma de vida social y personal, y los privilegios que ha conllevado hasta ahora en el mundo occidental del Norte en contraste con otras partes del planeta. Hay una fuerte oposición de quienes han disfrutado de los beneficios del sistema a cambiar el rumbo de la forma de vida social y personal que le ha acarreado ese estatus privilegiado.

No hay recetas preestablecidas para ello, pero sí un conjunto de principios y criterios claros, de caminos posibles. El decrecimiento implica desaprender, cambiar de mirada sobre la realidad y construir nuevas formas de socialización que antepongan el mantenimiento de la vida y el bien común a la obtención de beneficios económicos de unos pocos.

La educación puede ser parte del problema o de la solución. De la solución si se implica activa y decididamente en ese proceso de desaprendizaje del pensamiento único capitalista y de educación en el bien común y el mante-

nimiento de la vida. Pero puede ser parte del problema si sigue reproduciendo el actual sistema capitalista y su ideología neoliberal sin cuestionarlo en todo el proceso de aprendizaje y enseñanza, pues es la base del problema. También seguirá siendo parte del problema si mira para otro lado, con su silencio cómplice, inhibiéndose ante un problema vital para la humanidad y obviando abordarlo o diciendo que la educación tiene otras prioridades.

Ya no hay tiempo para dilatar más el convertir el decrecimiento en la prioridad de la educación. Centrar la formación de las futuras generaciones en salvar al planeta de la voracidad y depredación del sistema capitalista. No podemos educar como si nada de esto estuviese pasando. Esto debe estar en el corazón de los centros educativos: configurar un nuevo imaginario colectivo en las futuras generaciones que permita que aprendan a cambiar el mundo y hacerlo más justo, sostenible y habitable.

## La urgencia ante la Edad del Colapso

Los límites del planeta han sido rebasados por la necesidad de crecimiento continuo del sistema capitalista, ignorando los límites biofísicos del planeta y la finitud de sus recursos. Este es un hecho reconocido incluso por los propios científicos del IPCC (Panel Intergubernamental del Cambio Climático). Es decir, la Edad del Colapso ya está aquí, una conjunción de crisis energética, climática y de biodiversidad sin precedentes. No obstante, y pese a la gravedad del asunto, el silencio mediático sigue siendo atronador. El pensamiento único lo impide.

En julio de 2023 se dijo que era el mes más cálido registrado en el planeta en términos de temperatura media



global absoluta. El mes anterior, junio, había sido el mes con las temperaturas más altas nunca observadas. Desde mayo la temperatura promedio global de la superficie del mar ha estado muy por encima de los valores observados anteriormente para la época del año. Y así podemos seguir. Se asegura que el récord que se marque en 2023 será rápidamente superado en el año 2024 (Sainz, 2023).

Según Zachary M. Labe, climatólogo de la Universidad de Princeton:

Estamos experimentando la realidad de décadas de predicciones de los científicos que advertían del rápido aumento de las temperaturas debido al cambio climático provocado por el hombre.

Estos datos muestran la dura realidad del cambio climático y un anticipo del futuro relacionado con un aumento de fenómenos extremos como olas de calor, sequías o inundaciones. «Nuestras emisiones pasadas de CO<sub>2</sub> se han acumulado en la atmósfera, e incluso sin ningún calentamiento adicional, este siglo será más cálido que cualquier periodo similar de los últimos 120.000 años», explica el investigador Zeke Hausfather de la Universidad de Leipzig (Alemania). El Servicio de Cambio Climático de Copernicus y la Organización Meteorológica Mundial relacionan estas altas temperaturas con las olas de calor en gran parte de América del Norte, Asia y Europa, e inciden en que producen incendios forestales que provocan decenas de muertes y miles de evacuados, arrasando millones de hectáreas de bosques, lo que afecta a la fauna y flora que habita en estos ecosistemas.

Actualmente se están extinguiendo 30.000 especies al año, mientras que en otros periodos se perdía una sola es-

pecie cada cuatro años. Dilapidando la diversidad, dilapidamos las probabilidades de supervivencia. Y, entretanto, convertimos la biosfera en un laboratorio de alto riesgo introduciendo energía nuclear, transgénicos, clonaciones, químicos artificiales..., en función de la «libertad del mercado» y el cálculo de los beneficios empresariales, sin haber demostrado ni siquiera que no son peligrosos para los ecosistemas (Herrero *et al.*, 2019).

El pico del oro negro afectará de lleno al crecimiento económico, iniciándose una profunda recesión sin fondo y sin fin. Un siglo de decrecimiento económico global está a punto de empezar. Es decir, el decrecimiento del flujo energético global será un verdadero torpedo en la línea de flotación del actual capitalismo globalizado, basado en la necesidad de crecimiento y acumulación constante. La Naturaleza, y más en concreto su geología, pondrá finalmente límite a este loco crecimiento «sin fin», y se iniciará la Era del Decrecimiento. (Fernández-Durán, 2008, p. 70)

El recalentamiento de los mares, que va de récord en récord, causa mortandades en especies marinas, que no pueden adaptarse o huir, e influye en la cadena de ecosistemas que conduce a buena parte de la alimentación de los humanos. La circulación del océano Atlántico, que transporta agua cálida desde los trópicos hacia el norte, podría colapsar en cualquier momento por las continuas emisiones de gases de efecto invernadero, lo cual podría cambiar a un estado irreversible el sistema climático de la Tierra...

Se han cruzado ya muchos puntos críticos de inflexión (*tipping point*), que acarrearán cambios irreversibles y rápidos en el planeta, que son ya muy difíciles de revertir. Solo

cabe esperar que no sea demasiado tarde para evitar la cascada sistémica que supondría haber rebasado el punto de no retorno global, que nos llevaría a la Tierra Invernadero anticipada por algunos de los científicos y científicas críticas. Algunos de esos puntos críticos de inflexión son:

- El derretimiento del hielo en Groenlandia, esa criosfera de la parte helada del agua de la superficie del planeta, obligará a las generaciones futuras a vivir con aumentos del nivel del mar de cerca de 10 metros durante miles de años.
- La pérdida de masa forestal del 20 % y la deforestación del 40 % de la Amazonía (donde vive una de cada diez especies conocidas) está destruyendo el pulmón más grande del planeta, lo cual tiene graves consecuencias en la captura de CO<sub>2</sub>, favoreciendo una atmósfera cada vez más rica en gases de efecto invernadero con repercusiones sobre todo el sistema climático y el planeta.
- El calentamiento global ya ha desencadenado perturbaciones de insectos a gran escala y ha propiciado un aumento de los incendios, cada vez más frecuentes, lo cual, potencialmente, está transformando algunas regiones, que están pasando de ser sumideros de carbono a ser fuentes de carbono.
- El permafrost del Ártico, la capa de suelo que está congelada durante todo el año en los ecosistemas árticos, está comenzando a descongelarse irreversiblemente y a liberar dióxido de carbono y metano, un gas de efecto invernadero que es alrededor de treinta veces más potente que el CO<sub>2</sub>.

Además, todos estos puntos críticos de no retorno están interconectados: la pérdida de hielo en el Ártico está am-

plificando el calentamiento regional, y el calentamiento del Ártico y el deshielo de Groenlandia están impulsando un flujo de agua dulce hacia el Atlántico Norte. Esto podría haber contribuido, desde mediados del siglo xx, a una disminución del 15 % de la Circulación de Retorno del Atlántico Meridional (AMOC), una parte clave del transporte mundial de calor y sal por el océano. El rápido derretimiento de la capa de hielo de Groenlandia y la ralentización del AMOC podrían desestabilizar el monzón de África occidental, lo cual propicia la sequía en la región del Sahel de África. Una desaceleración del AMOC también podría secar el Amazonas, perturbar el monzón de Asia oriental y provocar la acumulación de calor en el Océano Austral, lo cual podría acelerar la pérdida de hielo de la Antártida...

En marzo de 1972, en respuesta a una petición de un *think-tank* con sede en Zúrich (el Club de Roma), equipos de investigación del Massachusetts Institute of Technology (MIT) publicaban *The Limits to Growth*, un informe que establecía un modelo de las posibles consecuencias de mantener el actual crecimiento económico a largo plazo.

En ese informe planteaban que franquear los límites físicos del planeta conduce al hundimiento de las economías y la destrucción del planeta. Ello comporta la imposibilidad, cada vez más acentuada, de satisfacer necesidades elementales a la población: alimentación, sanidad, educación, seguridad social... y la destrucción del ecosistema.

Las conclusiones de este informe cuestionaron todas las creencias y dogmas que sustentan la ciencia económica actual. Desde el siglo XIX la «ciencia» económica capitalista se ha convertido en una teología asentada en el pensamiento único: la creencia o la fe inquebrantable en que la mejora y el progreso del ser humano en el planeta

se basan en el aumento continuo de los bienes y servicios producidos y consumidos, a partir de la extracción continua de los recursos naturales del planeta.

De esa ecuación se han obviado interesadamente las inevitables consecuencias y deterioros que acompañan a esa producción y consumo ilimitado: la destrucción de la base biológica sobre la que poder vivir. Como ejemplifica Yayo Herrero (2022), cortar un poco de leña es útil para que una familia se caliente, pero talar árboles en demasía destruye el bosque y el ecosistema, y acaba desertificando y destruyendo el propio territorio, convirtiéndolo en inhabitable.

Desde la desertificación generalizada a la subida del nivel del mar, pasando por la permanente y progresiva degradación de ecosistemas, la deforestación masiva o el agotamiento de los suelos por uso intensivo y contaminación, son, a la vez, consecuencias de esa «naturaleza de la sociedad capitalista» que apuntaba el citado informe del IPCC y causas de la conjunción de crisis que pone en riesgo la vida de las futuras generaciones en el planeta.

## Extractivismo y saqueo neocolonial

Pero no olvidemos que los más perjudicados por este «capitalismo del colapso» no son solo el ecosistema y las próximas generaciones, sino los países empobrecidos del Sur global.

Este capitalismo del colapso permite mantener el «modo de vida» del Norte global y perpetuar el modelo de «desarrollo» y «crecimiento» basado en el saqueo de los países del Sur global y en el uso intensivo por unos pocos de los recursos más valiosos del planeta, que son de todos.

Lo cierto es que se podría decir que el Norte global hemos sido «subvencionados», a la fuerza, energética y materialmente, por los países del Sur.

Estamos generando, así, una deuda ecológica con estos países empobrecidos: deuda de carbono (generación de gases de efecto invernadero), de biopiratería (apropiación mediante patentes de conocimientos ancestrales y material genético de los pueblos del Sur, privatizando el conocimiento común), de pasivos ambientales (impacto ambiental en los ecosistemas del Sur por extracción de recursos, introducción de especies foráneas, etc.) y de exportación de buena parte de los residuos tóxicos a esos países, sobre todo los más peligrosos y contaminantes. Además de la deuda de trabajo, por la explotación de la fuerza de trabajo empleada desde hace siglos sobre la que se ha construido la «prosperidad» del Norte (desde la esclavitud hasta la inmigración actual).

En consecuencia, es clave entender que a los países del Sur global les afecta especialmente este modelo insostenible del capitalismo del colapso. Porque el crecimiento económico del capitalismo en el Norte global se funda, se sostiene y depende de la extracción y apropiación masiva de trabajo y cada vez mayores recursos de energía y materiales de los países del Sur global.

Esta apropiación se realiza, actualmente, ya no a través del modelo colonial tradicional (robo, genocidio y saqueo directo), sino a través de las políticas establecidas por el Norte global en el comercio internacional, con el apoyo y colaboración de algunas de las élites del Sur global.

El intercambio desigual se organiza actualmente mediante la imposición legislativa internacional del modelo neoliberal a estos países. A través del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros organismos in-

ternacionales financiados por el Norte con los impuestos de su población. Mediante Programas de Ajuste Estructural (PAE) que obligan a los Gobiernos del Sur a privatizar los recursos nacionales y el patrimonio público, recortar las protecciones laborales y medioambientales, reducir los servicios públicos, convertir los territorios en «zonas de sacrificio» para extraer sus recursos y, sobre todo, suprimir los programas que pretendían garantizar el acceso universal a los alimentos u otros bienes esenciales.

Entre 1981 y 2004, 123 países (que representan el 82 % de la población mundial) se vieron obligados a aplicar estos PAE que redistribuyeron los ingresos entre los más ricos y los países más enriquecidos del Norte global y provocaron 16 millones de muertes en el Sur global, solo por malnutrición, que se podrían haber evitado con otro sistema socioeconómico (Sullivan y Hickel, 2022; Hickel, 2023).

Los programas de ajuste, en definitiva, acentúan las desigualdades internacionales y en el interior de los propios países, cebándose en la población más vulnerable, y deteriorando elementos esenciales de la vida humana, como son el acceso a la educación, la salud y el empleo. Al mismo tiempo agudizan la degradación del medioambiente, al incentivar la sobreexplotación de los recursos naturales de los países del Sur y dificultar la protección de sus ecosistemas. Esto es, privilegian los intereses inmediatos de los poderosos del Norte.

Los países ricos en recursos y materias primas se enfrentan ahora a una deuda impagable (ya pagada con creces, si no fuera por la trampa del aumento unilateral de las tasas de interés en los años ochenta, junto con el deterioro de los términos de intercambio), a través de la

cual los grandes intereses comerciales y financieros de las multinacionales del norte gobiernan en la distancia y siguen saqueando y expoliando el Sur global.<sup>1</sup> Un sistema de endeudamiento que actualmente esclaviza a los pueblos y naciones de este Sur global. Una deuda que supone un control del presente y una colonización del futuro. Una deuda que la mayor parte de las veces es ilegítima, contraída por Gobiernos al servicio no del pueblo, sino de las grandes corporaciones empresariales. Esta deuda no se puede y no se debe pagar (Demaria, 2021).

## Quietismo climático

Si la única política que se impone a nivel mundial se basa en el crecimiento, es que no se quiere ni oír hablar del final del crecimiento. De ahí que el término *decrecimiento* se haya convertido en una auténtica herejía en la «ciencia» económica del capitalismo. Como dice un proverbio: «Si tu única herramienta es un martillo, tiendes a tratar cada problema como si fuera un clavo».

Para los economistas del capitalismo, la única herramienta es el crecimiento y todo problema se resuelve au-

1. Una explicación gráfica de este «gobierno en la distancia» se puede ver en la película *The International*, inspirada en hechos reales. El guionista de la película, Erin Warren Singer, pone en palabras del actor Armin Mueller-Stahl (que interpreta a un directivo de una corporación bancaria que concede un préstamo a un señor de la guerra de África) cómo la misma política de préstamos de las tarjetas de crédito y de las compañías hipotecarias para endeudar a la sociedad del primer mundo, se utiliza para dominar a países enteros del Sur global. La deuda crea influencia, dice, explicando cómo promover y fomentar conflictos con el fin de beneficiarse de las deudas que ellos mismos crearon, dictando, así, las normas y leyes a esos países para favorecer sus intereses, desde la distancia de sus despachos bancarios, y que pueden hacerles quebrar sus economías nacionales si se niegan a aceptarlas. Un caso ejemplificador de ello en Europa ha sido Grecia, por parte de la banca alemana, como se puede ver en la película *Comportarse como adultos*, del director Konstantinos Gravas.



mentando más todavía el crecimiento. Y la mayor parte de las políticas que tienen una mirada a corto plazo, de acuerdo a los ciclos electorales, siguen impulsando medidas de crecimiento inmediato como solución a cualquier crisis, alegando un mayor crecimiento del PIB como elemento de «orgullo patrio». Lo cual reproducen los medios de comunicación de forma constante.

Esta fe inquebrantable en el desarrollismo económico (que posteriormente se ha matizado con diversos calificativos eufemísticos, para embellecer el trasfondo, como «desarrollo sostenible», «desarrollo humano», «transición justa»...) se basa en la ilusión de que el sistema económico puede crecer al margen de los recursos físicos que realmente lo sostienen.

Pero este modelo es insostenible además de perjudicial para toda la humanidad, las futuras generaciones y el planeta. La imposibilidad de extraer materiales de forma infinita, la generación de cantidades cada vez más grandes de residuos, o los riesgos de arrojar al medio compuestos químicos y contaminantes ambientales a gran escala, han sido denunciados de forma continua desde hace años por la ciencia y el ecologismo (Herrero, 2010). Eso, además de la externalización de las actividades contaminantes por parte del Norte global hacia el Sur global.

En un planeta finito y limitado, el crecimiento económico de una parte del mundo (el Norte global) nos acerca cada vez de forma más acelerada al colapso en el uso de los recursos materiales y en la generación de impactos ambientales y residuos. La amenaza del cambio climático, en este sentido, no es más que un aviso parcial. Eso sin contar que aproximadamente un 20 % de la población estamos consumiendo un 80 % de los recursos y generando un 80 % de los impactos medioambientales y residuos.

La principal energía de las economías capitalistas es el carbón, el petróleo y el gas. Las economías industriales enriquecidas dependen de la extracción e importación a precio barato de grandes cantidades de energía y materiales. El petróleo ha llegado al pico de la curva de Hubbert.<sup>2</sup> Y la quema de esos combustibles fósiles provoca el acelerado cambio del clima en el planeta.

La energía fotovoltaica y del viento no es capaz de sustituir el actual modelo de consumo masivo de la energía del petróleo, el gas y el carbón. Sin superar el dogma del crecimiento económico ilimitado, la sustitución de unas fuentes energéticas por otras para cubrir unos niveles de consumo de recursos y energía en continuo aumento no bastará, porque incluso las energías renovables dependen de materiales que no son renovables (litio, níquel, cobalto y otros minerales escasos). Además, también su construcción y uso implica consecuencias medioambientales y territoriales<sup>3</sup> importantes que no se han solucionado.

2. Esta teoría debe su nombre al geofísico M. King Hubbert, quien predijo con exactitud el pico de la producción estadounidense con quince años de antelación. También conocida como «pico del petróleo», es una influyente teoría, ampliamente aceptada entre la comunidad científica y la industria petrolera, que predice que la producción mundial de petróleo llegará a su cenit y después declinará tan rápido como creció, resaltando el hecho de que el factor limitador de la extracción de petróleo es la energía requerida y no su coste económico. El debate no se centra en si existirá un pico del petróleo, sino en cuándo ocurrirá. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) hizo público que la producción de petróleo crudo llegó a su pico máximo en 2018.

3. Una planta fotovoltaica típica de 84 MW, de un tamaño similar a las que se están planteando construir por toda nuestra geografía, requeriría del orden de decenas de miles de toneladas de hierro, miles de toneladas de aluminio, centenares de toneladas de cobre y acero, decenas de toneladas de cromo, manganeso, estaño, níquel y zinc, así como otros numerosos minerales en menores cantidades. ¿A dónde van estos materiales? Las tasas de reciclado de muchos de ellos son terriblemente bajas (el litio menos del 1 %). A lo que hay que añadir que para las grandes compañías es más barato limpiar la imagen que limpiar el territorio (como ejemplo significativo podemos ver las grandes zonas extractivas de minerales a cielo abierto). Además de que se están escondiendo también «bajo la alfombra» los residuos obsoletos de las instalaciones «verdes» provenientes de macroparques fotovoltaicos, gigantescas turbinas eólicas, etc.

Es necesario recordar que no solo existen límites físicos en los recursos, sino también en los sumideros: el cambio climático se está produciendo por la quema excesiva de combustibles fósiles y por la deforestación, amenazando la biodiversidad. Este sistema económico produce residuos.

En la órbita alrededor de la Tierra hay partículas, producto de los desechos espaciales, equivalentes a unas 100.000 minas antipersona. No hay ningún sistema razonable de limpieza y reciclado de tantos desechos. La mayor parte de los ríos en los que no hace mucho tiempo se podía beber han dejado de servir para ello. Los océanos se han convertido en vertederos de basura donde se tiran anualmente entre 8 y 12 millones de toneladas de plástico, llegando en el Pacífico a ocupar una superficie del tamaño de Francia, España y Alemania juntas. Una parte de los materiales considerados como radiactivos están fuera de control, y no se puede asegurar que otra parte importante se mantenga bajo control en unos pocos años. Cada año, 14 millones de toneladas de desechos plásticos invaden los océanos, ríos y ecosistemas clave, que acaban llegando a nuestro organismo a través de microplásticos.

Estamos acercándonos a puntos de no retorno, como hemos visto. Cambio de clima, erosión, contaminación, desertificación, agotamiento de los recursos, destrucción de los hábitats... Sin embargo, nuestra reacción está siendo la de la rana en una olla de agua fría mientras la temperatura aumenta lentamente. Cuando el agua comienza a hervir, ya será demasiado tarde para escapar, como nos recuerda esta fábula de la rana:<sup>4</sup>

4. Esta «fábula de la rana hervida» es una analogía que se usa para describir el fenómeno que ocurre cuando no hay reacciones ante un problema o son tan tardías que ya no es posible evitar o revertir los daños provocados.

Una rana saltó un día a una olla de agua hirviendo. Inmediatamente, dio otro salto para salir y escapar de ella. Su instinto fue salvarse y no aguantó ni un segundo en la olla. Otro día, esa misma olla estaba llena de agua fría. La misma rana saltó dentro y nadó tranquila por el agua de la olla. Estaba feliz en esa «piscina» improvisada. Lo que la rana no sabía es que el agua se iba calentando poco a poco. Así que, al poco tiempo, el agua fría se transformó en agua templada. Pero la rana se fue acostumbrando, allí seguía, nadando plácidamente en ella. Sin embargo, poco a poco, el agua subió de temperatura. Tanto, que llegó a estar tan caliente que la rana murió hervida. Ella, sin embargo, no se había dado cuenta, ya que el calor aumentaba de forma gradual y se iba acostumbrando a él.

Parecemos «quietistas climáticos» confiando en que, sin hacer nada, «todo acabará por solucionarse».

Porque, en todo caso, esta «teología económica» del capitalismo lo fía todo al denominado *solucionismo tecnológico*.<sup>5</sup> Se apuesta por una fe inquebrantable en las posibles soluciones «mágicas» que la tecnología o la inteligencia artificial aportarán a todos estos problemas. Se justifica, así, mantener estas prácticas nocivas y suicidas, delegando en la ciencia la posible solución antes de que caigamos en el abismo, y se pospone para el futuro la posible reparación de los daños causados. A pesar de que la propia ciencia

5. El «solucionismo tecnológico» es un concepto acuñado por Evgeny Morozov en su libro *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism* (2013). Supone la ideología o «creencia religiosa» que propugna que todos los problemas de la humanidad se podrán solucionar «mágicamente», ahora o en el futuro, con algún tipo de sistema o artefacto tecnológico que invente el ser humano. Una superstición mágica asentada socialmente, a pesar de que las soluciones tecnológicas a menudo no sirven para resolver los problemas que muchas veces ellas mismas han causado. Y cuya función, más bien, es calmar la angustia y dejar las cosas como están, asentando el dogma de que «ya surgirá algo».

muestra que, sobre la base de las tendencias apoyadas en la mejora tecnológica, estas llegan demasiado lentamente y excesivamente tarde para evitar un colapso irreversible (Demaria, 2021).

## El capitalismo es el problema

Capitalismo o vida. Como explican Yayo Herrero (2022) o Carlos Taibo (2009), las diversas manifestaciones de esta crisis global tienen una raíz común: el capitalismo. La emergencia climática y ecológica es el síntoma, pero la enfermedad es el capitalismo.

También lo han denunciado otros expertos y expertas:

El desarrollo económico, lejos de ser el remedio a los problemas sociales y ecológicos que desgarran el planeta, es el origen del mal. Debe ser analizado y denunciado como tal. Incluso la reproducción duradera de nuestro sistema depredador no es ya posible. (Latouche, 2008, p. 39)

La «civilización» se extiende por el planeta. Pero, en vez de ser una «civilización civilizada», que coexista y conviva con el ecosistema, nos estamos comportando como un virus que arrasa la tierra y la vida que lo sustenta. Hemos construido un modelo de barbarie, de «civilización incivilizada», basada en una espiral incesante de extractivismo, producción y consumo, esencia del capitalismo, que acelera el colapso vital, la desigualdad social y la destrucción de la biosfera. La lógica del crecimiento está diseñada por la lógica del capitalismo.

Si se observa el planeta desde fuera, podemos ver que las zonas llamadas «desarrolladas» son superficies de ce-

mento que se expanden como una enfermedad, mientras los bosques retroceden, aumentando las zonas áridas y desérticas. Ante las olas de calor se consume cada vez más energía para poder vivir con aire acondicionado en zonas ardientes. La contaminación se extiende desde las áreas urbanas e industriales. Los gases emitidos a la atmósfera (junto con el deterioro del territorio) son responsables del cambio climático. Existe una pérdida progresiva de biodiversidad<sup>6</sup> y el complejo tecnoindustrial se alimenta de la naturaleza ignorando sus tiempos, sus reglas, sus ciclos, dejando desolación a su paso.

Este modo de vida, de expansión y crecimiento del ser humano en el planeta Tierra se asienta en un modelo económico, político, social e ideológico capitalista que utiliza la naturaleza y la vida humana y no humana como meros recursos para enriquecer y satisfacer deseos ilimitados de unos pocos, produciendo residuos que envenenan la tierra, el agua, el aire y la vida, como hemos visto y analizado.

El capitalismo se ha convertido en el modelo económico, social, mental e ideológico de nuestra era. Un modelo que destroza y arrasa con todo aquello que permite que la vida se pueda seguir sosteniendo, al servicio únicamente de obtener más beneficios para los accionistas de las grandes multinacionales, financieras y fondos buitres que controlan el denominado eufemísticamente «libre mercado». Invisibilizando, a su vez, las necesidades reales de la mayor parte de la población, así como las relaciones y los trabajos necesarios para reproducir y sostener cotidianamente la vida.

6. El 80 % de la biodiversidad está en manos de los pocos pueblos indígenas que hemos permitido que sobrevivan, esos que consideramos atrasados desde nuestra tecnoatlaya colonial.

# Pedagogía del decrecimiento

Educar para superar el capitalismo y aprender a vivir de forma justa con lo necesario

No es posible el crecimiento continuo en un planeta limitado. La economía del «crecimiento» del actual sistema capitalista, lejos de producir bienestar y satisfacción de las necesidades para toda la humanidad, ha conseguido asentar la denominada sociedad del 20/80: unos pocos son muchísimo más ricos, mientras que la mayoría se precipita al abismo de la pobreza, la explotación y la miseria. Al mismo tiempo, el planeta es esquilado, saqueado en sus recursos limitados y empujado hacia una catástrofe ecológica que pone en serio peligro la vida sobre la Tierra y la supervivencia de las futuras generaciones.

Sabemos que únicamente la ruptura con el sistema capitalista, con su consumismo, su productivismo y su despilfarro, puede evitar el desastre.

El decrecimiento es la opción deliberada por un nuevo estilo de vida, individual y colectivo, que ponga en el centro los valores humanistas: la justicia social, las relaciones cercanas, la cooperación, la redistribución económica, la participación democrática, la solidaridad, la educación crítica, el cultivo de las artes, etc.

Por eso, el decrecimiento implica construir nuevas formas de socialización educativa que antepongan el mantenimiento de la vida y el bien común a la obtención de beneficios económicos de unos pocos. Esto es lo que debe permanecer en el corazón de los centros educativos: la configuración de un nuevo imaginario colectivo en las futuras generaciones que permita que aprendan a cambiar el mundo y hacerlo más justo, sostenible y habitable.

**Si desea más información  
o adquirir el libro  
diríjase a:**

**[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)**